

# ¿HISTORIA CONTRA MEMORIA? LA UTILIZACIÓN DEL PASADO EN EL PRESENTE Y EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES

Alfonso Pinilla García\*

Recibido: 13 Junio 2007 / Revisado: 10 Septiembre 2007 / Aceptado: 30 Septiembre 2007

El debate sobre la Ley de Memoria Histórica desarrollado durante la última legislatura (2004-2008) pone sobre la mesa de los historiadores un interesante ámbito de reflexión que no debemos despreciar. Ante el riesgo de convertir la memoria histórica en política de la historia<sup>1</sup>, y ante la posibilidad de que los historiadores acabemos participando como simples comparsas de las acusaciones cruzadas entre los distintos partidos políticos, conviene plantear un debate intelectual, fundamentado en conceptos, que al menos trate de definir con toda la claridad posible qué es Memoria, en qué se diferencia ésta de la Historia, cómo se construyen las memorias colectivas y qué variables influyen en dicha construcción. En este artículo plantaremos algunas respuestas a estas preguntas que, por supuesto, no pretenden ser definitivas, ni mucho menos cerradas, pues lo aquí escrito se ofrece como objeto de debate con el fin de profundizar en un tema tan polémico como fascinante.

## 1. LA MEMORIA COMO OBJETO DE ESTUDIO PARA LA HISTORIA

Desde nuestro punto de vista es necesario diferenciar Historia y Memoria, que son conceptos distintos aunque no antagónicos. La Historia, entendida como disciplina científica, entra en el ám-

bito del conocimiento, mientras la Memoria pertenece al dominio de la representación<sup>2</sup>.

A través del trabajo del historiador pretendemos conocer qué ocurrió en el pasado, cómo ocurrió, quienes fueron los actores principales de los procesos históricos y qué acontecimientos fundamentales jalonaron esos procesos. Fundamentada en precisas bases teóricas, sólidas herramientas metodológicas y vastos apoyos documentales, la Historia es la disciplina científica que pretende comprender y explicar el ayer.

La memoria, ya sea individual o colectiva, es una representación del pasado en el presente, porque siempre se hace memoria desde la inmediatez. En el caso de la memoria individual, la experiencia directa de lo ocurrido juega un papel protagonista en la representación del ayer. Contamos lo sucedido desde nuestra particular, intransferible e individualísima percepción.

Por eso, para comprender lo ocurrido no basta con los recuerdos, es necesario algo más: teoría, método y aporte documental. Si bien los testimonios orales son una parte de las fuentes del historiador, por sí mismos no explican el conjunto de los procesos y su rosario de acontecimientos. Y no los explican porque los testimonios, al igual que los documentos escritos –desde actas notariales a artí-

\* Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. E-mail: [apinilla@unex.es](mailto:apinilla@unex.es).

<sup>1</sup> Santos Juliá advierte de este peligro en su artículo: “Bajo el imperio de la memoria” en la *Revista de Occidente*, 302-303 (julio-agosto 2006), 7-19.

<sup>2</sup> El profesor Juliá insiste en esta idea, tanto en el artículo anterior como en este otro: “El franquismo: Historia y memoria” en *Claves de Razón Práctica*, 159 (enero-febrero 2006). En la página 4 de este artículo podemos leer: “Mientras la Historia busca conocer, comprender, interpretar o explicar, y actúa bajo la exigencia de totalidad y objetividad, la memoria pretende legitimar, rehabilitar, condenar, y actúa siembre de manera selectiva y subjetiva”.

culos periodísticos— resultan parciales. Sólo alumbran determinadas zonas de un pasado mucho más amplio y complejo. No bastan las memorias parciales para levantar una narración histórica, al igual que no basta sólo un tipo de documento para entender un determinado episodio.

Si el historiador quiere ser riguroso habrá de comparar para comprender<sup>3</sup>. Sólo comparando se comprende, por ello el historiador no puede abordar una de las muchas memorias —individuales o colectivas— surgidas del ayer. Ha de recorrerlas todas, cuantas más mejor, para ofrecer una explicación contundente del pasado surgida de la comparación. Cuando esa comparación se apoya en sólidas bases teóricas, solventes métodos y plurales fuentes, estamos en condiciones de ofrecer un estudio riguroso de ese pasado tan debatido y, a veces, tan utilizado.

¿Quiere esto decir que la Historia es paradigma de objetividad y la Memoria queda enfangada en el más arbitrario de los subjetivismos? No, porque tanto Historia como Memoria resultan subjetivas, pues ambas son producto de la actividad intelectual de un sujeto que, o bien quiere explicar el ayer, o bien tan sólo pretende recordarlo con el fin de transmitir sus particulares vivencias pasadas.

Historia y Memoria parten de un sujeto cognoscente y por tanto son actividades subjetivas. Lo contraproducente es que el historiador levante su discurso sobre un determinado tipo de fuentes, sin consultar aquellas otras que por su distinto sesgo ideológico o diferente naturaleza pudieran aportar importante información a sus indagaciones. En ese caso, además de subjetivo —algo que ningún individuo puede evitar cuando enfrenta el conocimiento del mundo— el historiador será arbitrario, pues su razón sólo alumbrará un limitado haz de razones sin compararlas con sus contrarias para deducir, a partir de dicha comparación, explicaciones contundentes.

Lo mismo ocurre con quien recuerda una parcela determinada del pasado, aquella que suele conllevarle en el presente, para imponerla sobre el resto de la sociedad vistiéndola de verdad absoluta, como si entre los individuos que componen ese colectivo no existieran tantas memorias como experiencias, tantos recuerdos como personas. La memoria arbitraria es, como la historia arbitraria, una amputación de ese complejo poliedro que es el pasado, de ese conjunto de voces cuya comprensión pasa por su inevitable comparación.

Si la historia no conoce comparando pluralidades, y si la memoria niega el carácter poliédrico del recuerdo, entraremos en la peligrosa deriva de un sectarismo que sólo entenderá de buenos y malos, de héroes y villanos. Pero la tozuda realidad nos recuerda que en ella todo está muy mezclado, que las fronteras no son nítidas y que es la complejidad —y nunca la complicación<sup>4</sup>— lo que caracteriza la evolución de las sociedades.

Así pues, hay tantas memorias como “hacedores de recuerdo”, tantas como experiencias directas del ayer. La memoria colectiva —ésta que desde los medios de comunicación, o desde las tribunas políticas se nos plantea a veces como verdad absoluta— debe interpretarse como un poliedro movido por una mano, el presente, que nos enseña la cara que más interesa en cada momento. Mientras la memoria individual es representación basada en la experiencia directa del pasado, respetable y respetada por intransferible, la Memoria colectiva es re-creación, re-presentación de lo ocurrido, escrita con la tinta de los intereses presentes, decorada con las imágenes que en cada momento conviene redundar para consolidar el régimen en curso<sup>5</sup> o para transformarlo<sup>6</sup>. Por eso, si la memoria individual resulta, como hemos dicho, respetable y respetada, la colectiva debe ser debatida y debatible, estudiada y “estudiable” por cuanto que entra en la esfera de las

<sup>3</sup> Sánchez González, Juan, *Prólogo* al libro de Pinilla García, Alfonso, *Información y deformación en la prensa. El caso del atentado contra Carrero Blanco*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 2008, 14. Sobre esta idea, el profesor Juan Sánchez profundiza en su artículo: “Sobre la Memoria. El pasado presente en los medios de comunicación”. *Historia Actual Online*, 4 (primavera 2004), 153-163.

<sup>4</sup> Lo complicado es susceptible de ser troceado y después re-compuesto sin menoscabo del conjunto original. Lo complejo, por basarse en la íntima relación de las partes que forman el todo, no puede trocearse para después re-componerse. Lo complicado resulta reversible, lo complejo no. Todas estas precisiones teóricas, tan útiles para el conocimiento histórico, pueden encontrarse en las obras de Edgard Morin, padre del paradigma de la complejidad. Una buena monografía para iniciar el estudio de este paradigma es: Morin, Edgar, *Ciencia con consciencia*. Barcelona, Anthropos, 1984.

<sup>5</sup> Caso de la memoria de los vencedores de la Guerra Civil durante el franquismo.

<sup>6</sup> Caso de la memoria del consenso durante la transición.

representaciones que moldean el imaginario colectivo de una sociedad.

La memoria individual, la representación individual –personal e intransferible– del pasado debe servir al historiador como fuente para construir su relato. Comparando diversas voces, el historiador se acercará al riguroso conocimiento de lo ocurrido.

La memoria colectiva, la representación del pasado ofrecida a la sociedad –creada por los poderes fácticos como fuente de legitimidad presente– es para los historiadores un interesante objeto de estudio. ¿Qué explica el surgimiento de la memoria colectiva?, ¿qué variables actúan en su definición?

## 2. LA MEMORIA COLECTIVA COMO FUENTE DE LEGITIMIDAD

Todo sistema político busca su legitimidad en el pasado<sup>7</sup>. Necesita justificarse, alcanzar la autoridad, ser creíble ante la sociedad que gobierna buscando en el ayer algún episodio excepcional, algún comportamiento heroico que lo haga creíble ante sus ciudadanos.

Un poder no puede sobrevivir sin autoridad, y “autoridad” viene de la palabra griega “augere”, que significa “hacer creer”. Por tanto, un poder “no creíble” tiene los días contados. La supervivencia política pasa por la conquista, primero, y el mantenimiento, después, de la autoridad.

Para justificar nuestro papel en el presente acudimos a veces a aquél episodio pasado que, por suponer un punto de inflexión, dio lugar al momento en que hoy nos encontramos. Porque la historia evoluciona a través de crisis, a partir de encrucijadas donde se abren diferentes caminos de concreción incierta. Si en aquella encrucijada apostamos por un determinado camino, y esa senda se ha hecho realidad hoy, recordaremos nuestra exitosa

elección para justificar el lugar ocupado en el presente y consolidar así nuestra autoridad. El jugador con mayor autoridad o credibilidad en las apuestas del hipódromo es aquél que suele acertar cuando elige al caballo vencedor. Ése es quien nos inspira confianza, credibilidad. A él pedimos consejo, porque tiene autoridad, cuando pretendemos hacer una apuesta.

La legitimidad del presente bebe del pasado, de aquél pasado crítico en que se forjó la senda hacia nuestra actualidad. Y tiene que ser un pasado crítico, un punto de inflexión donde se abran dos alternativas básicas: sobrevivir o desaparecer. La memoria recuerda el precipicio, la apuesta crucial al todo o nada, por eso los episodios más críticos son los mejor grabados en nuestra memoria. Tenemos memoria del peligro, para sortearlo y no volver a caer en él. Y hacemos memoria del peligro cuando lo hemos superado exitosamente, porque ese éxito puede ofrecernos pingües beneficios hoy, traducidos en autoridad. Salir indemne de un duro trance genera la credibilidad que todo poder necesita para sostenerse. Es la autoridad del apostante exitoso.

Con estas estrategias juega la dictadura franquista para legitimarse ante los españoles tras la Guerra Civil. En un trance crucial, donde Franco apostó por “*la derrota de la República para recuperar a la desfallecida patria*”<sup>8</sup>, el bando rebelde salió victorioso. Ganó el órdago, la guerra, y en esa victoria –que generó la eliminación de los vencidos, vía represión y exilio– se fundamentará la legitimidad del Régimen en el futuro. La victoria, recuerdo parcial de la Guerra Civil, impregnará la memoria colectiva durante cuarenta años. O mejor, será, sin discusión, la memoria colectiva impuesta a los españoles durante los cuarenta años de dictadura.

Pero además de conseguir la credibilidad tras el acierto en una arriesgada apuesta, la autoridad / legitimidad de cualquier poder también se apoya en

<sup>7</sup> Aunque hay numerosas fuentes de legitimidad para un sistema político, en este artículo vamos a ocuparnos de aquella que utiliza / interpreta el pasado desde los intereses presentes. La interpretación del pasado en el presente, base de la memoria colectiva, será estudiada aquí como fuente legitimadora de los sistemas políticos. No la única, pero sí una de las más importantes.

<sup>8</sup> Díaz Guerra, Marino, *Formación político-social y cívica. Manual de 4º Curso de Bachillerato*. Madrid, Editorial Almena, 1971, p. 28. Hemos querido rescatar frases de los manuales de la asignatura “Formación político-social y cívica” que se estudiaba en el cuarto curso de bachillerato durante el franquismo. El manual utilizado, correspondiente a la última fase del régimen, refleja la memoria colectiva impuesta por la dictadura a las sucesivas generaciones de españoles que nacieron en su seno. Sus alusiones a la España de la Segunda República y la Guerra Civil son retazos de una memoria basada en la Victoria – que se pretendía irreversible – del bando franquista sobre los republicanos. Se consolidaba así la Victoria como fuente de legitimidad básica de la Dictadura.

la necesidad. Creemos cuando necesitamos creer, cuando alguien nos da esperanza o se convierte en depósito de nuestras esperanzas ante un difícil contexto. He aquí el principio del caudillismo: la necesidad de sobrevivir ante una situación difícil.

Ante la incertidumbre que arroja la crisis, necesitamos creer en aquél, o aquellos que son capaces de ofrecernos esperanzas, de dar seguridades. Sólo se convence teniendo convicciones. Sólo se aseguran apoyos estando –o aparentando estar– seguros. Así se forjan los caudillos. Un caudillo, aquél que es capaz de generar en torno suyo un apoyo ingente basado más en la pasión que en la razón, tiene la virtud de generar convencimiento, seguridades, asideros ante la crisis. La necesidad de asir un bote en medio de la tempestad, y la facilidad de transformarse en el asidero que muchos buscan para salvarse fundamentan al caudillo<sup>9</sup>.

Pero además de apostar y acertar, además de ofrecer la esperanza que muchos necesitan en tiempos difíciles, el poder que conquista la autoridad es aquél que practica lo que predica, que cumple lo que promete o que, al menos, genera una propaganda lo suficientemente eficaz para convencer de que se han cumplido las promesas previamente formuladas. Porque la autoridad se refuerza, y con ella el convencimiento que trae aparejada, cuando se realizan materialmente los discursos lanzados en las tribunas. Y si no se realizan, o no se realizan por completo –cosa que suele ocurrir a menudo– la propaganda eficaz convertirá el parcial cumplimiento de promesas en total concreción de las mismas. Entonces el poder –cualquier poder, ya sea dictatorial o democrático– alcanza la autoridad porque ante una coyuntura crítica:

Apuesta por aquél camino que a la postre resultará exitoso. Cuando el éxito sucede al riesgo, el apostante triunfador adquirirá autoridad.

Transmite seguridad al resto de la sociedad, le da esperanza. Y la masa, necesitada de un poder salvador, se adhiere al proyecto anhelando unas seguridades difíciles de adquirir en plena crisis. La necesidad de creer y la satisfacción de esa necesidad conducen, pues, hacia la conquista de la autoridad. Quien siembra fe en plena incertidumbre cosechará autoridad.

Practica lo predicado, cumple lo prometido, convierte en materialidades las palabras de su dis-

curso. Y si no lo hace, aparenta hacerlo a través de una eficaz propaganda. El cumplimiento de la promesa es el tercero de los caminos que nos conducen hacia la conquista de la autoridad.

Fe en la zozobra, apuesta arriesgada que resulta exitosa y promesa cumplida son las tres fuentes de la autoridad. Esperanza, audacia y eficacia son las tres ideas que, trenzadas, definen el concepto de “autoridad” que aquí proponemos. Y el contexto que rodea y a la vez es caldo de cultivo de estas ideas no es otro que la crisis, la incertidumbre, aquél episodio convertido en punto de inflexión donde la muerte está a la misma distancia que la supervivencia.

Para legitimarse, y adquirir por tanto la autoridad que les asegure su mantenimiento futuro, los sistemas políticos buscan aquél pasado difícil, especialmente incierto, donde el curso de la historia pudo haberse desviado hacia una senda totalmente contraria a la recorrida hoy. La crisis es el contexto en que se forjan los discursos legitimadores.

Fijada la atención en la crisis, el sistema buscará legitimidad en aquél discurso, en aquellas posturas o ideologías que ante la incertidumbre ofrecieron seguridad, fe, esperanza en medio de la tempestad.

Pero no basta con ofrecer seguridades, hay que apostar y arriesgarse. Cuando la apuesta resulte exitosa se redundará en ese éxito, que por el mero hecho de haberse cosechado es ya pieza fundamental en la legitimidad del sistema.

Y falta el último ladrillo para construir esta fachada legitimadora. Tuvimos una crisis, dimos esperanza en plena crisis, nos arriesgamos y vencimos. Y además de todo ello –he aquí la última pieza de la fachada– cumplimos lo que prometimos. No sólo ofrecimos seguridad, no sólo apostamos por el éxito, sino que la seguridad y el éxito se han hecho realidad.

Transportemos la crisis, la esperanza, la apuesta exitosa y el cumplimiento de la promesa –los mimbres de la autoridad– a dos ejemplos de legitimidad basada en un pasado crítico. El primero será el de la dictadura franquista, el segundo el de la democracia de 1978. Reprodúzcamos a continuación sus respectivos discursos legitimadores, basándonos en los conceptos arriba aludidos.

<sup>9</sup> Max Weber lo estudió en su famosa obra *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1981.

## A. La Legitimidad franquista:

## 1. Crisis.

En plena crisis de la II República, *cuando la democracia liberal se revela incapaz de solucionar los endémicos problemas que afectan a España, cuando la patria misma está amenazada por la extrema izquierda....*<sup>10</sup>

## 2. Esperanza

*Una parte del ejército español, al frente de la cual se halla un caudillo con excepcionales dotes de mando, se rebela contra la legalidad republicana para evitar la debacle hacia la que, sin remedio, parece precipitarse España. Ese Caudillo prometerá Una España, grande y libre, que recupere la gloria ahora ensombrecida...*<sup>11</sup>

## 3. Apuesta exitosa

El órdago sale bien, porque aunque el golpe militar de Franco y sus compañeros conspiradores fracasa en los primeros días, se inicia una dura Guerra Civil que –tras la ayuda de las potencias fascistas– arroja como resultado la victoria del bando rebelde. Franco apuesta y vence, y desde esa apuesta exitosa (desde esa victoria) dibujará su futuro discurso de legitimidad.

## 4. Promesa cumplida

La salida de la dura posguerra y la conquista de cierta recuperación económica durante los cincuenta, preceden a lo que será el gran éxito del régimen en materia económica: el plan de Estabilización de 1959 y el posterior “desarrollismo”. Sin descender al detalle de los claroscuros que en materia de distribución equitativa de la riqueza plantea el desarrollismo<sup>12</sup>, lo cierto es que durante los años 60 surge una mayoritaria clase media que no pudo generar la Restauración del siglo XIX ni la república liberal reformista que defendía en sus primeros compases Azaña.

La sociedad de consumo de masas en España surge durante los sesenta, y la prosperidad conseguida por las políticas económicas del

régimen generará un masivo apoyo popular que pronto irá matizándose con nuevas protestas estudiantiles y obreras. Pese a ello, y aprovechando el apoyo de las masas, la dictadura proclamaba como gran mensaje auto-legitimador los “25 años de paz” cumplidos a mediados de los sesenta.

La promesa de una España grande –ostensiblemente más “grande” a nivel económico que la de los años 40– al menos se había cumplido. Y el círculo de la legitimidad empezaba a cerrarse en medio de una propaganda eficaz, que insistía en la evidente recuperación económica tras los depauperados años del hambre como demostración de la promesa cumplida y el discurso hecho realidad.

## B. La Legitimidad del sistema democrático de 1978. La transición.

## 1. Crisis.

A mediados de los setenta, la dictadura franquista es un barco que hace aguas debido al creciente desfase entre una estructura socioeconómica cada vez más dinámica y un régimen político incapaz de evolucionar al ritmo que lo hace su entorno. El desarrollismo consolidó 25 años más de paz, pero también generó una brecha insalvable entre la sociedad española – cada vez más plural y moderna al calor de la prosperidad – y su sistema político, cerrado en sí mismo y en sus esencias del 18 de julio<sup>13</sup>.

Los nubarrones de una inminente crisis económica ya anunciada a nivel mundial en el 73, los inevitables vientos del cambio y la acérrima defensa de la victoria cosechada en la Guerra Civil por parte de los franquistas más duros, introducían a España en una incertidumbre creciente que llegó al paroxismo cuando el dictador expiró el 20 de noviembre de 1975.

## 2. Esperanza

El joven “gobierno de PNN’s” auspiciado por Juan Carlos I y dirigido por Suárez generará

<sup>10</sup> Díaz Guerra, Marino. *Formación...*, op. cit, 28.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 29.

<sup>12</sup> Uno de los más rigurosos análisis de la dictadura franquista en sus aspectos políticos y sociales puede encontrarse en Moradiellos, Enrique. *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid, Síntesis, 2000.

<sup>13</sup> Preston, Paul. *El triunfo de la Democracia en España (1969-1982)*. Barcelona, Plaza & Janés, 1986, 25.

con su gestión un mensaje de esperanza, basado en la reforma del régimen sin grandes traumas. La aprobación de la Ley para la Reforma política alimentaba, aún con reticencias, la esperanza de una oposición postergada de la vida pública desde su derrota en la Guerra Civil. Desaparecido Carrero, el timonel del Régimen, y muerto Franco, su gran capitán, las riendas caían en manos de una nueva generación que, aunque procedente del pasado franquista, encarnaba nuevos aires alejados de los radicalismos de antaño. La mayoritaria clase media española, surgida al calor del desarrollismo, parecía despreciar extremos a derecha e izquierda. Ni reacción ni ruptura, la esperanza de una nueva convivencia en democracia caminaba a lomos de aquella reforma que parecía encarnar Suárez.

### 3. Apuesta exitosa

Suárez se arriesga cuando legaliza al PCE, Carrillo hace lo propio cuando pacta dicha legalización. El malestar del Ejército es evidente, pero aún así, el camino de la reforma se confirma cuando Carrillo da una rueda de prensa ante dos banderas: la tricolor y la rojigualda. Acepta la monarquía e implícitamente asume el proyecto de cambio político formulado por Suárez. El riesgo es considerable, y el éxito también, porque esta jugada maestra permite dibujar en el horizonte del futuro las primeras elecciones democráticas desde 1936.

La reforma es un camino arriesgado porque los vientos rupturistas y reaccionarios están apunto de desbarbolarla. Pero la apuesta sale bien cuando la tempestad del 77 – con un PCE recién legalizado, un ejército a punto de dar el golpe y graves atentados de la extrema derecha y la extrema izquierda – desemboca en unas elecciones libres y tranquilas.

### 4. Promesa cumplida

Las primeras elecciones generales dieron lugar a un proceso constituyente que en 1978 se sustanciaría en un texto democrático liberal, que asumía la participación y representación políticas como ejes fundamentales. De nuevo España volvía a ser, tras el largo paréntesis del

franquismo, una democracia liberal, cumpliéndose así el proyecto pergeñado por Suárez e impulsado / regulado por una oposición que no dudó en participar de la oferta procedente del franquismo moderado.

La promesa de libertad se había cumplido, el proyecto democrático se había concretado vía reconciliación. Las dos antiguas “Españaes” se habían dado la mano para forjar una nueva, definida ahora en la Constitución de 1978. Si la legitimidad franquista se basaba en la victoria, la legitimidad de nuestra actual democracia se basará en esta reconciliación, que fue: esperanza en los tiempos difíciles del franquismo agonizante, apuesta arriesgada en las primeras decisiones del gobierno Suárez y promesa cumplida en 1978 con la redacción del texto constitucional.

Con estos dos ejemplos de nuestra reciente historia hemos querido aplicar, llenar de contenido, los conceptos anteriormente descritos para definir la autoridad. Crisis, esperanza, riesgo y cumplimiento son las cuatro categorías que se hallan en el fondo de la autoridad o legitimidad de cualquier régimen político.

La dictadura buscó en la crisis de la Guerra Civil –la encrucijada desde la que surgió– su fuente de legitimidad. Y la encontró en la victoria del bando rebelde sobre el republicano.

La democracia del 78 buscó en la crisis de la transición –la encrucijada desde la que surgió– su fuente de legitimidad. Y la encontró en la reconciliación de los dos bandos que se enfrentaron en la Guerra Civil.

La memoria bucea en el pasado, por tanto, para justificar el presente. Y cuando en momentos de transición política, de sustitución de un sistema por otro, hay que buscar nuevas referencias en el ayer porque ya no sirven las que hasta entonces funcionaban, se produce un cruce de memorias, se forman nuevas memorias porque las precedentes no satisfacen. Y así, la legitimidad de la agostada dictadura ya no podía servir para la joven democracia, y por eso hubo que trocar victoria por reconciliación<sup>14</sup>. Cuando un sistema da paso a otro, también la anterior legitimidad debe diluirse mien-

<sup>14</sup> Este cambio de “victoria” por “reconciliación” queda rigurosamente estudiado en Del Águila, R., “La dinámica de la legitimidad en el discurso político de la transición”, en R. Cotarelo (coord), *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992, 47-77.

tras va surgiendo la nueva. Es entonces cuando el presente moldea la memoria del pasado, cuando el poliedro del recuerdo es movido por la caprichosa mano de la actualidad.

Al diálogo entre el pasado y el presente que soporta la memoria dedicaremos el siguiente epígrafe.

### 3. LA MEMORIA COMO RESULTADO DEL DIÁLOGO ENTRE PASADO Y PRESENTE

La memoria surge del diálogo que pasado y presente mantienen. ¿Qué variables actúan en ese diálogo y, por tanto, conforman la memoria?

Definiremos las “piezas” que “hacen funcionar” a la “máquina de la memoria” aludiendo a un acontecimiento concreto, la legalización del Partido Comunista de España, que tuvo lugar en abril de 1977. Será el recuerdo y el olvido de la Guerra Civil lo que nos permita dibujar, en consonancia con todo lo dicho hasta aquí, los elementos que forman la tramoya de la memoria colectiva.

Fijémonos, primero, en el olvido y el perdón, dos conceptos interrelacionados por cuanto que sin el primero resulta difícil el segundo. Decía Mario Benedetti que a nivel colectivo no hay “olvidadizos”, sino “olvidadores”<sup>15</sup>, pues son pocos los gobernantes que olvidan sin querer y muchos los que imponen olvidos sobre aquello que menos les interesa recordar. Cuando el olvido es consciente e impuesto hablamos de “olvidadores”, cuando es espontáneo y no planificado tratamos de “olvidadizos”. La memoria colectiva y los olvidos que trae aparejados suelen aplicarse desde el poder. La clase política será, fundamentalmente, “olvidadora”, y mucho más en momentos de transición, donde conviene cambiar una legitimidad por otra, un pasado por otro, aquella gesta justificadora del ayer por otra hazaña que justifique la actualidad.

El olvido de la Guerra Civil fue impuesto colectivamente durante la transición porque convenía forjar desde el perdón la legitimidad del nuevo régimen. La reconciliación, nueva fuente de legitimidad, no podía beber de los antiguos rencores actualizados por la continua referencia a la victoria.

El cambio de victoria por reconciliación implementó el olvido colectivo sobre la Guerra Civil. Por eso la clase política de la transición fue muy poco “olvidadiza” y principalmente “olvidadora”.

¿Por qué? Las condiciones del presente lo explican. El riesgo de repetir la confrontación que intentaba superarse exige la aplicación de olvidos donde antes había intenso recuerdo de la victoria en un solo bando. El descontento del ejército ante la gestión del primer gobierno Suárez llega a su punto álgido cuando el presidente legaliza en abril de 1977 a los comunistas, antiguos enemigos de Franco durante la Guerra Civil. El ministro de marina dimite, el Consejo Superior del Ejército emite una dura nota y el ruido de sables vuelve a sonar con fuerza<sup>16</sup>. La delicada transición bascula hacia una probable vuelta a las andadas del 36. Por eso, ante el bullicio es necesario aplicar silencio, ante la tensión serenidad y ante el recuerdo de las gestas –y por consiguiente de las afrentas– pasadas cabe una sistemática aplicación del olvido. Olvido impuesto a nivel colectivo, olvido de “olvidadores” y no de “olvidadizos”.

Pero no sólo la tensión del presente explica los olvidos de la Guerra Civil, sino también los intereses que en él confluyen. Los franquistas moderados, reformadores del régimen y representados por Suárez saben que sin el concurso de los antiguos enemigos (PCE fundamentalmente), la nueva democracia carecerá de legitimidad. Sin su participación en el nuevo sistema, la reforma perderá su sustancia y el proyecto de Suárez y sus PNN’s puede quedar varado. Para conservar la poltrona del poder heredada de la agonía franquista, los reformistas necesitan a los comunistas, y por eso se aferran a la amnesia y la amnistía –al olvido y al perdón– como bote salvavidas.

Parecida situación, aunque a la otra orilla del poder, atraviesa el PCE. Suárez les ofrece el cabo ardiendo al que aferrarse si quieren salir de los duros años del exilio manteniendo sus aspiraciones de poder. Adalides de la oposición, los comunistas –o al menos su cúpula dirigente– piensan que habrán de jugar un papel importantísimo en el futuro político del país. Si fueron protagonistas en la

<sup>15</sup> Esta distinción aparece en su poema “Olvidadizos y olvidadores”, recogido en Benedetti, M., *El olvido está lleno de memoria*. Madrid, Visor, 1996, 17.

<sup>16</sup> Una exhaustiva descripción de estos acontecimientos puede encontrarse en Prego, Victoria, *Así se hizo la Transición*. Barcelona, Plaza & Janés, 1995.

oposición pueden serlo también en la nueva democracia, y con el pronóstico / anhelo de una posible victoria – o al menos de un buen resultado – electoral abrazan la propuesta de Suárez<sup>17</sup>, aceptando así la jugada maestra del presidente. Para tocar poder, los comunistas perderán cierta autoridad ante sus militantes, que empiezan a decepcionarse cuando ven a Carrillo confundirse demasiado pronto con el paisaje reformista.

Carrillo “olvida” –o más bien “soslaya”– la guerra y asume la reconciliación que le ofrece Suárez porque en su horizonte ve posible el acceso al poder. Suárez olvida la guerra y se arriesga a la reconciliación con los comunistas –antiguos enemigos del bando del que él es heredero– porque es consciente de que sin el concurso de la oposición podrá conservar a duras penas el control de una reforma que él mismo –junto al rey y sus más íntimos colaboradores– vienen diseñando entre bambalinas. Acceso al poder y conservación del poder pasan por el olvido y el perdón. He aquí las causas del consenso.

El consenso es una herramienta para la supervivencia política. Se pacta porque nadie es capaz de imponerse a su adversario. El pacto surge de la incapacidad de los maximalismos. La imposibilidad de imponerse al otro, y el poco rédito que genera una dura confrontación que re-editara la del 36, convierte los maximalismos en posibilismos y la lucha en pacto. Las cesiones mutuas fraguan la transición y se deben a que ambas opciones se necesitan mutuamente para sobrevivir o, al menos, para satisfacer parcialmente sus principales aspiraciones. Carrillo puede tocar poder si da la mano a Suárez, y éste puede conservarlo cuando ofrece su mano a Carrillo. Debilidades intrínsecas y necesidades mutuas explican el consenso y dan sentido a esa reconciliación que se convierte en fuente de legitimidad, derrumbada la victoria, del nuevo sistema democrático.

Pero hay una gran diferencia, sutil aunque muy importante, que quiero destacar en este juego de memorias, amnesias y amnistías. Debemos reconocer que el esfuerzo de Carrillo (y la cúpula dirigente del PCE en el 77) ante el olvido y el perdón es mucho mayor que el de Suárez y sus PNN’s. Y es que el olvido no puede desgajarse de la experiencia directa de aquél pasado que precisamente quiere olvidarse.

Los comunistas perdonan aún habiendo vivido en sus propias carnes los desastres de la guerra. Tuvieron experiencia directa de aquél ayer que ahora soslayan para construir la reconciliación de la nueva España. Sin embargo, este trauma no está en la mente de los reformistas, de ese sector de franquistas moderados que, en su gran mayoría, nacieron tras la guerra y no vivieron, por tanto, los dramas del 36. El Rey, Suárez, sus ministros y la mayor parte de esta clase política reformista no tuvieron experiencia directa de la Guerra Civil y por tanto pueden proponer, con una mezcla de osadía y audacia, ese acercamiento a los antiguos enemigos. Su olvido, y he aquí la gran diferencia con el olvido implementado por el PCE, es más “cómodo” porque no tiene que superar los condicionantes que la experiencia directa del pasado impone.

La “incomodidad política” que al presidente Suárez puede causarle esta operación de amnesia y amnistía no procede de su experiencia pasada, sino de un presente donde el Ejército está dispuesto a rebelarse ante lo que considera una traición; de un presente donde el búnker franquista se resiste a renunciar a la victoria que ha sustentado su legitimidad durante cuarenta años. Es el hoy –repetimos– y no su ayer lo que incomoda a Suárez. El presidente no tiene que cruzar el Rubicón del recuerdo de la Guerra Civil porque no la vivió. Por eso le es más fácil perdonar y olvidar, cosa que no ocurre al otro lado.

Atendiendo a lo dicho hasta aquí, ya podemos resumir las principales variables que sustentan la Memoria colectiva, aplicadas en este caso al recuerdo / olvido de la Guerra Civil durante la transición:

1. Olvido del conflicto.
2. Perdón sobre los antiguos enemigos.
3. Experiencia directa del pasado.
4. Condiciones del presente, en las que habrá que sopesar:
  - Las aspiraciones de poder que tiene cada protagonista, donde será necesario observar dos actitudes:
    - El intento de conservar el poder.
    - El intento de acceder al poder.
  - Riesgo de una nueva confrontación.
5. La discusión en torno a la Legitimidad en que se basa el sistema.

<sup>17</sup> Un análisis de los virajes estratégicos y tácticos del PCE durante la transición puede encontrarse en Andrade Blanco, Juan Antonio, “Renuncias y abandonos en la evolución ideológica durante la transición a la democracia: una propuesta para el estudio del IX Congreso del PCE y el Congreso Extraordinario del PSOE”. *Historia Actual Online*, 8 (otoño de 2005), 43-50.



Los cinco puntos demuestran:

Primero, que la memoria colectiva –cuando se refiere a un conflicto armado– construye o rechaza olvidos para justificar o despreciar perdones. Sin olvido no cabe el perdón, pero con amnesia –normalmente impuesta, la que fraguan los “olvidadores”– es posible la amnistía.

Segundo, que en la construcción de olvidos debemos tener en cuenta la experiencia directa de aquél conflicto que pretende soslayarse. En ocasiones, como ocurre con el “olvidador” PCE de la transición, las amnesias suponen un gran esfuerzo, pues eliminan del debate presente aquellos recuerdos grabados tras la experiencia directa del pasado.

Tercero, que la memoria colectiva surge, se explica y conforma gracias al diálogo del ayer con el hoy. No sólo hay que tener en cuenta la vivencia directa del pasado, sino las condiciones del presente, en el cual pueden existir aspiraciones de poder (acceso o conservación del mismo) que explicarán por qué se recuerdan unos fragmentos del pretérito y no otros. A esas condiciones del presente hay que unir, cuando se trata del recuerdo / olvido de un conflicto armado, el riesgo de su repetición. Porque cuando el riesgo de repetir una guerra es alto, resulta poco recomendable su re-memoración.

Cuarto, que habida cuenta de la relación entre olvido, perdón, experiencia directa del pasado y condiciones del presente se conforma una memoria del ayer que genera una determinada legitimidad. Dos legitimidades estamos estudiando: la del búnker franquista, basada en la victoria; y la del pacto Suárez-Carrillo que, a la postre, supondrá la fuente de legitimidad fundamental de la nueva democracia, basada en la reconciliación. Como veremos en el siguiente epígrafe, el búnker no olvida ni quiere perdonar, y para conservar el poder que aún tiene dentro del régimen está dispuesto a repetir una nueva guerra para asegurar su victoria contra los antiguos enemigos. El tándem Suárez / Carrillo interpretará desde otra pers-

pectiva las variables de la memoria arriba descritas: perdonarán y olvidarán, rechazando cualquier repetición del conflicto, porque ambos tienen aspiraciones de poder –Suárez quiere conservarlo, Carrillo acceder a él– que le conducen a la reconciliación como herramienta de supervivencia política.

Así pues, queremos ir convirtiendo la teoría en método. Hemos formulado los conceptos que, desde nuestro punto de vista, soportan la memoria colectiva de la Guerra Civil durante la transición. Y ahora llega el momento de ver cómo se comporta el modelo, esta construcción teórica, en un caso concreto. Los conceptos deben descender a lo particular, y en ese camino la teoría debe alumbrar un método que nos permita observar cómo se comportan las variables ya definidas. Descrita la “máquina de la memoria”, queda asistir a su funcionamiento.

#### 4. LA “MÁQUINA DE LA MEMORIA” Y SU FUNCIONAMIENTO ANTE LA LEGALIZACIÓN DEL PCE

Para sistematizar y resumir el contenido del anterior epígrafe, vamos a introducir las variables de la memoria –olvido, perdón, experiencia directa del pasado, condiciones del presente (conservación / acceso al poder, riesgo de repetición del conflicto)– en la siguiente tabla. En ella hemos incluido los tres discursos, las tres posturas a estudiar en la conflictiva encrucijada de abril de 1977, cuando tiene lugar la legalización del PCE. Esas tres posturas son las del búnker franquista, Suárez y Carrillo, que interpretarán así las variables anteriores<sup>18</sup>:

El recorrido por cada una de las casillas genera una fuente de legitimidad que precisamos en la última columna de la tabla. En el caso del búnker, su fuente de legitimidad es la victoria tras la Guerra Civil, mientras que tanto para Suárez como para Carrillo, la legitimidad será la reconciliación, en la que se apoyará la democracia de 1978.

	PASADO		Experiencia Directa	PRESENTE			Legitimidad
				ACCESO AL PODER		RIESGO	
				Conservar	Acceder	Confrontación	
09/04/1977	Olvido	Perdón					
BÚNKER	N	N	S	S	S	S	VICTORIA
SUÁREZ	S	S	N	S		N	RECONCILIACIÓN
CARRILLO	S	S	S		S	N	RECONCILIACIÓN

<sup>18</sup> La “N” en esta tabla significa “no” o rechazo de la variable en cuestión, mientras la “S” implica “sí” o aceptación.

Iniciemos el recorrido por los discursos del búnker, Suárez y Carrillo, resaltando en negrita las variables arriba expuestas. El búnker no olvida ni perdona porque tiene una experiencia directa de la contienda. Sus aspiraciones en el presente pasan por conservar el poco –aunque no despreciable– poder del que todavía disfruta en un régimen agonizante. Si bien son los reformistas quienes controlan la nave, todavía el búnker no ha desaparecido y los más reaccionarios no están dispuestos a abandonar sus poltronas para verlas ocupadas poco después –según piensan– por sus antiguos enemigos comunistas. Los políticos más cercanos a estas posturas reaccionarias son conscientes de que asumir los postulados de Suárez puede borrarlos del mapa político, y ven en la crítica coyuntura la oportunidad de virar hacia las esencias de un 18 de julio que ahora “quiere mancillarse”<sup>19</sup>. Conservar lo poco que aún controlan y acceder a mayores cotas de poder en la malherida dictadura explican esta férrea postura contra el perdón de los antiguos enemigos y el olvido de aquella guerra que ganaron.

Precisamente porque no quieren discutir en un despacho o en un parlamento lo ganado en los campos de batalla, están dispuestos a regresar a las trincheras para defender su victoria. Cuando este ánimo, evidente en la clase política más reaccionaria, se traslada al ejército –tan cercano mayoritariamente al búnker– el riesgo de repetición de un nuevo conflicto será considerable<sup>20</sup>.

Sin olvido ni perdón, tras haber ganado la Guerra y con claras aspiraciones de conservar, e

incluso aumentar, el poder disfrutado hasta ahora, el búnker defiende entre un rechinar de dientes la fuente de legitimidad que inspira su dictadura. La Victoria soporta ese discurso legitimador, y no están dispuestos a dilapidarla.

Al otro lado se sitúan Suárez y Carrillo. Ambos comparten la necesidad de olvidar y perdonar, lo que les lleva a defender una nueva fuente de legitimidad contraria a la franquista. La reconciliación intenta imponerse a la victoria<sup>21</sup>, de la misma manera que la democracia a la dictadura, confirmando así que en momentos de tránsito –de transformación política de un sistema a otro, de una legalidad a otra– hay un intenso trasiego de memorias y, como consecuencia de ello, de legitimidades. La construcción de la democracia entre las ruinas franquistas provoca la sustitución de una victoria agotada por la reconciliación en ciernes<sup>22</sup>.

Pero hay dos grandes diferencias entre las posturas de Carrillo y Suárez con respecto al recuerdo / olvido de la Guerra Civil en aquél abril de 1977, y esas diferencias radican en la experiencia directa del pasado que tienen ambos y sus aspiraciones de poder en el presente.

Respecto a lo primero –la experiencia directa del pasado– ya hemos dicho que Carrillo ha vivido la Guerra y Suárez no. Carrillo está dispuesto a soslayar el pasado para perdonar en el presente y Suárez puede olvidarlo con más facilidad porque el recuerdo directo de la contienda no le ata tanto como al dirigente comunista. Y quede claro que al hablar de

<sup>19</sup> La legalización del PCE es, para el búnker, un paso definitivo hacia la ruptura de la victoria conseguida tras el 18 de julio de 1936: “La legalización se ha hecho tapando la boca a quienes vencieron al comunismo y eligiendo, como arquetipos para el retorno, a las figuras más siniestras de un pasado que creíamos superado. No hemos asistido a una legalización, sino a la toma, victoriosa, de Madrid por los miembros del PC al grito de “¡fascistas, burgueses, os quedan tres meses!” (Izquierdo, Antonio, “Responsabilidades”. *El Alcázar*, 16 de abril de 1977, portada).

<sup>20</sup> El búnker provoca al Ejército afirmando que éste ha de intervenir cuando se está poniendo en peligro la victoria, fuente legitimadora del Estado franquista: “Las Fuerzas Armadas tienen necesariamente que ser beligerantes frente al marxismo (...). Las Fuerzas Armadas españolas lucharon contra el marxismo y le vencieron. Y de esa guerra contra el marxismo, de la que fueron protagonistas las Fuerzas Armadas, nació la legitimidad del Estado, y de la Monarquía a que deben servir con la fidelidad jurada el presidente y los ministros del Gobierno, entre otros. Cuando se dimite de las consecuencias constituyentes de una victoria legitimadora del Estado, se sitúa a la nación frente a la inevitabilidad de otra guerra constituyente” (Medina, Ismael, “La España del parcheo; 14 de abril; Lo natural es que las Fuerzas Armadas sean antimarxistas”. *El Alcázar*, 15 de abril de 1977, 2).

<sup>21</sup> Para aquél sector proclive hacia la democratización del país, “la legalización del PCE supone de forma clara y manifiesta la clausura definitiva de cuarenta años de guerra civil latente, de un período en el que nuestro país, como ocurría en ciertas sociedades tribales primitivas, se hallaba dividido entre vencedores y vencidos” (López, Ruy, “La tercera estación”. *DIARIO 16*, 19 de abril de 1977, 4). Así va naciendo la reconciliación como nueva fuente de legitimidad.

<sup>22</sup> Ese trasiego de legitimidades y memorias queda expuesto en este editorial de EL ALCÁZAR, donde se describe la eliminación de los símbolos referentes a la Victoria: “Más vale tener la gallardía de proclamar ante el pueblo español que un Gobierno cuya existencia se debe a una victoria sobre el comunismo, legalizaba la hoz y el martillo el mismo día que quitaba el yugo y las flechas del edificio de la calle de Alcalá, bajo cuya sombra hicieron su carrera relevantes miembros del Gobierno” (“Gol”. *El Alcázar*, 11 de abril de 1977, portada).

Suárez y Carrillo estamos aludiendo a las dos grandes posturas ideológico-políticas que existen en la España de finales de los setenta: las de los reformistas que pretenden un cambio sin rupturas (Suárez); y las de los comunistas (Carrillo) que han pasado de la ruptura a la ruptura pactada, y que ahora coquetean con una reforma que les exige moderación en aras de un tránsito verdadero hacia la democracia.

Pero, además de dos posturas ante el ayer y el hoy, Suárez y Carrillo encarnan dos generaciones que explican por sí mismas esas posturas frente al pasado y el presente a las que hemos aludido. Suárez nació cuatro años antes de la Guerra, Carrillo (y buena parte de la cúpula del PCE) la vivió en plena juventud<sup>23</sup>. Ambos quieren “olvidar” para construir, pero aquél puede hacerlo con más facilidad porque no vivió conscientemente –era un niño de corta edad– la contienda que ahora habrá de olvidarse. Ambos son “olvidadores”, pero el esfuerzo de Carrillo es mayor que el de Suárez<sup>24</sup> dada su experiencia directa del ayer.

¿Merece la pena para los comunistas tal esfuerzo? Según Carrillo y sus colaboradores sí, porque la aceptación de las cartas marcadas que Suárez propone al PCE les permitirá participar en unas elecciones generales que –según las estimaciones del partido– pueden dar como resultado un considerable

apoyo a quien ha sido el adalid de la oposición contra el franquismo. No importa aceptar las reglas de juego reformistas –piensan Carrillo y sus acólitos<sup>25</sup>– porque el masivo apoyo popular desbordará esas mismas reglas, satisfaciendo así las aspiraciones de poder del PCE. Aceptar la reforma puede ser el primer paso para controlarla y reconducirla después hacia la ruptura democrática. Por tanto, Carrillo asume el olvido y el perdón que le ofrece Suárez porque aspira a controlar en el futuro el sistema democrático que emerge de su pacto con los reformistas. El posible acceso al poder inspira su actitud.

Y a esa aspiración se une un temor, el de que las Fuerzas Armadas –provocadas continuamente por el búnker– den finalmente un golpe que desencadene una nueva guerra civil. Así pues, el riesgo de repetición del conflicto también explica el pacto entre Suárez y Carrillo. Los dos quieren evitar una nueva guerra y a la vez son conscientes de su posible repetición, habida cuenta de la radical actitud del búnker y el ejército<sup>26</sup>. La elusión de un conflicto que se intuye posible fragua, por tanto, la reconciliación.

Sin tener experiencia directa de la Guerra y temiendo –junto con Carrillo– que la actitud reaccionaria del ejército vuelva a provocarla, el presidente Suárez estrecha la mano de Carrillo, compartiendo con él olvido y perdón. Pero sus

<sup>23</sup> Respecto a la nula renovación generacional del PCE, Cándido escribe en ABC: “En la última ocasión me contó el padre Martín Descalzo que la media de edad de los obispos es la de cincuenta y cuatro años, y la de los dirigentes del Partido Comunista, de sesenta y uno. Quedé frío. De todos modos era algo que ya me temía. Este es el momento en que el Partido Comunista debe empezar su autocrítica. La Pasionaria remueve más memoria de la que ella misma tiene [...]. Si por parte de los comunistas existe el erotismo de buscar una simetría profunda con aquella parte del pasado que ella representa, pueden acabar desintegrados en su innecesario placer” (Cándido, “El regreso”. ABC, 16 de abril de 1977, 5).

En el primer editorial de EL PAÍS tras la legalización del PCE, el periódico cercano al centro-izquierda afirma que la escasa renovación generacional de la cúpula comunista supondrá un serio obstáculo de cara a las inminentes elecciones generales. Si el PCE queda anclado en el anacronismo de la Guerra Civil, EL PAÍS augura pésimos resultados electorales para el partido de Carrillo: “También deben tener presente (los comunistas) que son una de las muy pocas formaciones políticas que acuden a las urnas con líderes y cuadros protagonistas en la guerra civil, y que ello supone un rechazo adicional en algunos sectores de la población” (“El Partido Comunista ya es legal”. *El País*, 10 de abril de 1977)

<sup>24</sup> Como ya dijimos antes, el esfuerzo de Suárez no radica tanto en su pasado – él no vivió la Guerra – cuanto en su presente, dado que la legalización del PCE puede dar lugar a una dura reacción en el Ejército que ponga a España al borde de otra Guerra Civil. Si bien esto no ocurrió, el malestar del ejército fue “in crescendo” tras la legalización del PCE y explica en buena parte el futuro golpe de Estado del 23-F de 1981.

<sup>25</sup> Sin embargo, no todos los militantes del partido estarán de acuerdo con este viraje táctico, tal y como pone de manifiesto Juan Antonio Andrade en el artículo ya citado: Andrade Blanco, Juan Antonio: “Renuncias...”, op. cit., 43-50.

<sup>26</sup> La condena a esos radicalismos que pueden provocar, con su enfrentamiento, una nueva guerra civil queda expresada en las siguientes palabras de Cándido: “Por motivos electorales, y demás intrínsecos, los ultras de la izquierda y de la derecha pueden hacernos vivir una apoteosis de zafiedad como no se haya visto otra (...). Todos sabemos lo que pasa en los campos de fútbol con los simpatizantes. La gente que se emociona demasiado, que es muy partidaria, resulta una plaga a la larga, porque usurpa la totalidad del universo (...). El secreto de la libertad es cierta desgana por casi todo. Ese es también el secreto del buen gusto (...). El simpatizante cae en el enajenamiento y pierde la relación inmediata con cuanto le rodea, excepto con aquello que le acerca a su frenesi” (Cándido, “Los simpatizantes”, ABC, 14 de abril de 1977, 5).

aspiraciones de poder son distintas a las del líder comunista, porque si éste quiere acceder al control del futuro sistema, el joven político abulense pretende conservar su puesto como presidente del gobierno y director de una reforma que, aún con dificultades, no ha naufragado todavía y necesita del PCE para seguir a flote.

Ello confirma, paradójicamente, que PCE y reformistas resultan complementarios en este contexto. Los comunistas, grandes supervivientes –y principales representantes– del bando republicano en el exilio necesitan, y a la vez son necesitados, por los herederos remozados y renovados de un franquismo sin Franco. Veamos cómo los antiguos bandos contendientes en el 36 han llegado a 1977.

Por una parte, los comunistas, a pesar de que su dirección no se ha renovado generacionalmente y por tanto siguen palpitando en su memoria los duros recuerdos de la contienda, son conscientes de que sin el pacto con los franquistas más jóvenes no será posible la definición de una democracia que, en el futuro, podrían controlar apoyándose en sus (presumiblemente) buenos resultados electorales.

El otro bando, el franquista, ha experimentado una renovación generacional en su cúpula dirigente y, si bien los más reaccionarios que vivieron la guerra no quieren “olvido y perdón” pues sueñan conservar su victoria, aquellos jóvenes formados en el seno de la dictadura pero decididos a transformarla para sobrevivir, están dispuestos a acercarse a sus enemigos comunistas con el fin de desactivar a sus adversarios ultra-derechistas. Será este pacto entre antiguos enemigos el que forje la reconciliación, fuente de legitimidad del nuevo sistema. El pacto entre reformistas y comunistas –enemigos ideológicos y políticos– desactivará definitivamente a los adversarios de Suárez, concentrados en el búnker, que desde dentro del régimen intentan dinamitar la reforma del flamante presidente.

Como se ve en este trasiego de memorias, pactos, reconciliaciones y rencores aparcados, el cambio generacional tiene una gran importancia. Sin ese cambio generacional cuesta explicar por qué pudieron tomarse algunas decisiones cruciales para la exitosa transición a la democracia, y este episodio de la legalización del PCE lo pone bien de manifiesto.

## 5. A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿Y EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES?

Recorrida la memoria de la Guerra Civil en el incierto abril de 1977, queda concluir esta reflexión exponiendo el papel de los historiadores ante la construcción de distintas memorias colectivas.

Desde la subjetividad que inevitablemente impregna nuestros estudios, y apostando siempre por el rigor que ha de sustentarlos, los historiadores debemos interpretar a la memoria colectiva como un interesante objeto de estudio, y a la memoria individual como una poderosa –y nada despreciable– fuente informativa. ¿Cómo se construyen las memorias, por qué, qué intereses se están jugando en el presente para recordar u olvidar determinadas parcelas del ayer? En este artículo hemos abordado la “dimensión discursiva de la memoria” a través de la interpretación que el búnker, Suárez y Carrillo ofrecen de las variables que sustentan nuestro particular concepto de “memoria colectiva”.

¿Cómo enfocaron, siguieron, silenciaron o redundaron los medios de comunicación estos discursos? ¿Cómo los expusieron sus protagonistas, a través de qué estrategias, en qué momentos? Todo ello dibuja líneas de investigación interesantes que, por un lado, asumen la diferenciación entre Historia y Memoria –entre el conocimiento del ayer y su representación en el presente– a la vez que aceptan su fluida complementariedad. La Historia debe estudiar la Memoria colectiva observando cómo se forja y permanece, o cómo cambia en función de los sucesivos presentes.

Junto a estas cuestiones, no hay que olvidar otro crucial papel de los historiadores: el de aportar información para restaurar la dignidad de los olvidados y su justo reconocimiento. La labor de desempolvar olvidos y de gritar silencios también es recogida, y desarrollada, por las páginas que escriben los historiadores acerca de aquellos sucesos que injustamente se ignoraron. El mejor remedio contra los “olvidadores” son los historiadores.

Pero no hagamos de la memoria ciencia, del recuerdo –intransferible si es individual, creado si resulta colectivo– pilar fundamental para la comprensión del ayer. No sustituyamos el rigor de los historiadores por la arbitrariedad de aquellos “memoriadores” que, al paio de las circunstancias presentes, rescatan del complejo ayer los recuerdos que mejor pueden servir a sus actuales intereses. Porque la memoria es un poliedro, y el presente la mano que lo mueve, enseñándonos la cara que más interesa en cada momento.

#### FUENTES UTILIZADAS

- *ABC*: Del 10 de abril de 1977 al 26 de abril de 1977.
- *Diario 16*: Del 10 de abril de 1977 al 26 de abril de 1977.
- *El Alcázar*: Del 10-4 -1977 al 26-4-1977.
- *El País*: Del 10-4 -1977 al 26-4-1977.